CuadMon 129 (1999) 156-184
MARÍA PÍA SCHINDELE, O.CIST.

La vida monástica según la doctrina de san Bernardo La discreción*

En el siglo XII, la palabra latina ***discretio*** expresa un contenido teológico lleno de sentido que se distingue, por su densidad espiritual, del concepto de «discreción» tal como se lo comprende en nuestros días, sea en francés que en alemán. En estas dos lenguas, se entiende por discreción una actitud respetuosa hacia todo lo que concierne a la intimidad de un ser[1]. De tal modo que esta palabra no puede ser traducida por «discreción» sino después de profundizar sobre la diferente interpretación que ha tenido a través del tiempo. Pero se comprenderá más verdaderamente este concepto si se lo considera en los escritos de san Bernardo donde ocupa un buen lugar.

1. La discreción como fundamento de la decisión moral

Hacia el comienzo del siglo V, Juan Casiano emplea la palabra discreción para designar la capacidad de decidir de una acción en el sentido moral, es decir de elegir entre el bien y el mal. Está persuadido que sin la gracia de la discreción, ningún acto de virtud podrá ser plenamente efi-

---

* Este artículo publicado en *Collectanea Cisterciensia* 59 (1997), pp. 292-313, ha sido traducido por la Hna Mabel Iriarte, ocso (Monasterio: Ntra Sra de Quilvo, Chile). La A. es monja cisterciense de la Abadía de Lichtenthal (Baden-Baden. Alemania). [Las citas de los textos de san Bernardo se toman de la trad. castellana de sus obras publicada en la *Biblioteca de Autores Cristianos* (=BAC): *Obras completas de San Bernardo*, 7 tomos, Madrid, 1983-1993. A continuación de la referencia al texto, se señala entre paréntesis el nº de tomo de las obras de san Bernardo, el de la BAC y la página correspondiente. N. de la R.].

[1] Cf. R. SCHLUND, *Diskretion*, en *Lexikon für Theologie und Kirche* (=LThK) 3, Freiburg, 1959, cols. 418-419.

caz, ni manifestarse en el tiempo[2]. Esta comprensión de la discreción ejerce su influencia en la Regla de san Benito[3]. Y es por ésta, que la discreción aparece como virtud fundamental de la vida monástica y de su espiritualidad[4].

Esta posición central le concede san Bernardo en el *Sermón 49 sobre el Cantar de los Cantares* (=SC) cuando presenta la discreción como *moderatrix et auriga de las virtudes*[5] y como *la que ordena la caridad*[6].

a) Moderatrix et auriga de las virtudes

He aquí, a este propósito la enseñanza de san Bernardo:

> «La discreción equilibra todas las virtudes, el equilibrio engendra moderación y encanto, e incluso consistencia. Por eso dice: *Gracias a tu ordenación*[7] *continúa el curso del día* (*Sal* 118,1), llamando virtud al *día*. Es por tanto la discreción no una virtud, sino la moderadora (*moderatrix*) y auriga de las virtudes, ordena (*ordinatrix*) los afectos y orienta (*doctrix*) las costumbres»[8].

La idea fundamental es aquí la *ordinatio virtutum* tal como lo muestra el contexto: *Discretio quippe omni virtuti ponit ordinem*[9]. Según Bernardo ella clarifica la comprensión de la ordenación respecto de la cual dice en el *Tratado de Gracia y libre albedrío*:

> «Los sentimientos, en sí mismos, son innatos a nuestra naturaleza, y su perfección es obra de la gracia. Ésta pone en orden los dones de la creación. Y las virtudes no son sino afectos bien ordenados»[10].

---

[2] Casiano, *Conferencias Espirituales (o Colaciones)* [=*Conf.*] II,4: «Sin la gracia de la discreción la virtud no puede ser estable ni perfeccionarse»; trad. castellana de L. M. y P. M. SANSEGUNDO, *Juan Casiano. Colaciones I y II*, Madrid, 1958 y 1962.

[3] W. SCHIERL, *Sancta regula, discretione praecipua*, en *Studien und Mitteilungen* 36 (1915), pp. 142-149. El autor caracteriza la «discreción» como el «punto de unión (*d'attache*)» de la *Regla* (*ibid.*, p. 142) y lo demuestra en sus consideraciones.

[4] Cf. ALCUINO, *Ep.* 73; RABANO MAURO, *Tract. de anima*, cap. 10.

[5] SC 49,5 (t. V, BAC 491, p. 641).

[6] *Ibid.*

[7] Ver Casiano, *Conf.* II,2; PL 49,526 BC.

[8] SC 49,5 (t. V, BAC 491, p. 641).

[9] *Ibid.*

[10] *Libro sobre la gracia y el libre albedrío* (=Gra) 6,17 (t. I, BAC 444, pp. 447. 449).

La discreción permite reconocer y aceptar la ordenación que Dios ha dispuesto en las capacidades humanas[11], y el hombre debe realizar esto por su consentimiento. Este consiste en elegir el bien y evitar el mal y aún de preferir en el bien lo que es más perfecto[12]. Esta elección progresiva realizada en el espíritu de la ordenación divina, tiene por fin la *ordinatio*, es decir la transformación de las tendencias en virtudes.

En las ediciones francesas de los escritos de Casiano y san Bernardo se traduce la palabra *discretio*, con algunas excepciones similares, por «prudencia». Pero se trata de una prudencia purificada por la experiencia espiritual. Se la podría designar como la capacidad de reconocer lo «que debe ser»[13]. El sentimiento y la voluntad van a la par en la virtud de la discreción porque la capacidad de reconocer lo que corresponde a la ordenación divina se debe en gran parte a la disponibilidad del corazón. Y el hombre alcanza su ser profundo en la medida de esta disponibilidad[14].

b) Ordinatio caritatis

El poder de amar constituye la capacidad más elevada del alma humana; por lo cual la *ordinatio* es necesaria para su plena expansión. Por esto, san Bernardo hace referencia al versículo del *Cantar de los Cantares*: *Él ha ordenado en mí el amor* (*Ct* 2,4). A causa del celo poco ardiente para aquellos deberes que le han sido confiados, ve que falta ante todo de *discretio*, por ser ella la *ordinatio caritatis*[15]

Es así que él enseña:

> «Lo que debemos preferir por exigirlo la verdad, el amor ordenado pide que lo abracemos con mayor cariño»[16].

---

[11] M. STANDAERT, *Le principe de l'ordination dans la théologie spirituelle de saint Bernard*, en *Collectanea Cisterciensia* 13 (1946), pp. 178-216.

[12] B. M. LAMBERT, *Diskretio*, en *Praktisches Lexikon der Spiritualität*, ed. Ch. SCHÜTZ, Freiburg, 1988, pp. 238-239.

[13] D. FEULING, *Diskretio*, en *Benediktinische Monatsschrift* 7 (1925), pp. 248-258; *ibid.*, p. 243, se refiere a la «discreción» como el reconocimiento de lo que conviene.

[14] E. GILSON, *L'esprit de la philosophie médiévale*, «Études de philosophie médiévale» 33, 2e édition revue, Paris, 1944; sobre «analogía», «causalidad» y «finalidad», ver pp. 85-109; *ibid.*, p. 104: «... El bien no es otra cosa que la deseabilidad del ser...».

[15] Ver SC 49,5 (t. V, BAC 491, p. 641).

[16] SC 49,6 (t. V, BAC 491, p. 643).

Este juicio de la verdad no busca la *discretio* más que en relación a lo que debe ser. Pero esta búsqueda se vuelve particularmente difícil cuando se trata no solamente de distinguir el bien del mal, sino de reconocer lo que es más perfecto y merece que en determinadas situaciones la voluntad le conceda la prioridad. S. Bernardo examina este problema en el *Sermón 50 del Cantar de los Cantares*. Distingue la «caridad afectiva» (*caritas affectualis*) de la caridad activa (*caritas actualis*).

La caridad afectiva (*caritas affectualis*) se orienta desde la escala de valores y se vuelca hacia lo que según su posición, merece más amor:

> «La sabiduría consiste en saborear las cosas como son en sí. Por ejemplo, aquello que la naturaleza más estima, afecta más a la afección; la que menos, le afecta menos, y nada le afecta aquello que rechaza»[17].

La ordenación está indicada aquí por la «verdad de la caridad: *ordinen caritatis veritas facit*»[18].

La caridad activa (*caritas actualis*), por el contrario, se deja orientar por las situaciones que san Bernardo, en sus consideraciones, llama las necesidades del prójimo. Esta caridad deriva del amor por la verdad: *veritatis caritas vindicat*[19]. Por consiguiente, se prefiere, por amor del prójimo, las simples ocupaciones de la vida cotidiana a la reflexión espiritual.

> «Se invierte el orden (*ordo praeposterus*); pero la necesidad no sabe de leyes. El amor efectivo sigue su orden, tal como lo dispone el dueño, comenzando por los últimos, entrañable y justamente, sin favoritismos, sin valorar las cosas, sino las necesidades del hombre»[20].

En un juego de palabras, Bernardo compara la *vera caritatis* y la *cara veritas*. Y rectifica este orden aparentemente inverso mostrando la concordancia entre la caridad actual y la caridad afectiva, en el sentido que el amor del prójimo y el amor de Dios no forman sino un sólo y único

---

[17] SC 50,6 (t. V, BAC 491, p. 651).

[18] *Ibid.*

[19] *Ibid.*

[20] SC 50,5 (t. V, BAC 491, p. 651). W. DURIG, *Diskretio*, en *Reallexikon für Antike und Christentum*, vol. 3, ed. Th. KLAUSER, Stuttgart, 1941, cols. 1230-1235.

 Bien.[21]. Asimismo dice, que el mandamiento del Señor se aplica a la caridad activa, en tanto que la caridad afectiva es ante todo un don de Dios[22].

2. De la discreción como templanza

La virtud de la «templanza» (*temperantia*) que ordena a el ser humano en sí mismo[23] consiste en la conformidad de la voluntad con el juicio y la elección de la discreción.

San Bernardo habla de estas dos virtudes en su *Sermón III para la Circuncisión del Señor* (=Circ.), bajo el título de «La circuncisión espiritual» (*De spirituali circumcisione*). El hecho de enumerar y considerar separadamente su contenido muestra que él no considera como sinónimos los conceptos de «discreción y templanza» (*discretio et temperantia*). Considera más bien la templanza (*temperantia*) como la virtud que ordena las sensaciones y las tendencias[24] y la discreción (*discretio*) como el don de discernir lo que debe ser reconocido como bien[25].

Por el contrario, en su primer Libro *De consideratione* (=Csi.), san Bernardo atribuye a la templanza esta posición central como «coordinadora de las virtudes cardinales», que reserva de ordinario a la discreción en tanto que virtud prioritaria del proceso de ordenación (*ordinatio*)[26]. Remarca la interacción estrecha de estas dos virtudes.

a) Templanza y discreción en el «De Circuncisión espiritual»

Refiriéndose a la semana que separa la Natividad de Jesús de su Circuncisión (cfr. *Lc* 2,21), san Bernardo designa a Cristo como «Sol de Justicia». Al llegar Cristo hace surgir «ocho días de virtudes» en el corazón humano: la prudencia, la fortaleza, la templanza, la obediencia, la paciencia, la humildad, la devoción y la discreción.

A la templanza, atribuye la misión de *«circoncire»* y de frenar las tendencias de la carne (*motus voluptatis*), de la curiosidad espiritual (*motus*

---

[21] Ver SC 50,6 (t. V, BAC 491, pp. 651. 653).
[22] SC 50,3.
[23] J. PIEPER, *Mass. Mässigkeit*, en LThK 7, Freiburg, 1962, cols. 154-155.
[24] Ver Circ. 3,7 (t. III, BAC 469, p. 267).
[25] Ver Circ. 3,11 (t. III, BAC 469, pp. 269. 271).
[26] Ver Csi. 1,10-11 (t. II, BAC 452, pp. 71-75).

curiositatis)[27] y de la estima inmoderada de sí mismo (*motus elationis suae*)[28].

En este sermón, considera la discreción como la «madre de las virtudes y la plenitud de la perfección»: *mater virtutum est et consummatio perfectionis*[29]. Es ella que dirige al hombre: «Guarda la medida en todas las cosas»[30]. Realiza este acto esencial de la circuncisión espiritual que protege la tendencia a la perfección de los peligros por no tener medida:

> «Porque la discreción es una verdadera circuncisión que evita cualquier exceso o sustracción. Porque el que sustrae amputa el fruto de las buenas obras, pero no lo circuncida. Lo mismo ocurre con el que es flojo, si también es remiso»[31].

Bernardo insiste sobre la obediencia que regula la vida exterior del monje y que, en este sentido, representa una circuncisión espiritual. Aconseja a sus hermanos adquirir plenamente esta obediencia y de no cumplir ni más ni menos que lo mandado[32].

b) De la templanza en el «Tratado de Consideración»

Bajo el título «De la mutua dependencia de las cuatro virtudes» (*Convenientia quatuor virtutum*)[33], san Bernardo considera la interacción de la prudencia, de la justicia y de la fortaleza, gracias a la templanza que

---

[27] J. LECLERQ, *«Curiositas» and the return to God in St. Bernard of Clairvaux*, en *Cistercian Studies [quarterly]* (=CS) 25 (1990), pp. 92-100 (original francés en *Bivium*, 1953).

[28] Ver Circ. 3,7 (t. III, BAC 469, p. 267).

[29] Circ. 3,11 (t. III, BAC 469, p. 271); ver SC 23,8: «discretionis matris virtutum» [la discreción, madre de todas las virtudes] (t. V, BAC 491, p. 331); *Sermones Varios* (=Div.) 91,4: «discretio mater virtutum [la discreción, madre de las virtudes]» (t. VI, BAC 497, p. 441).

[30] Cf. Circ. 3,11 (t. III, BAC 469, p. 271); ver Csi. 1,9 (t. II, BAC452, p. 71), donde san Bernardo designa el concepto de *temperentia* con las palabras: «*Ne quid nimis!*», sacadas de ARISTÓTELES, *Retórica*, II,12.

[31] Circ. 3,11 (t. III, BAC 469, p. 271).

[32] *Ibid.*, 6-9 (t. III, BAC 469, pp. 263-269).

[33] B. JACQUELINE, *S. Grégoire le Grand et l'ecclésiologie de S. Bernard*, en *Collectanea Cisterciensia* 36 (1974), pp. 69-73; *ibid.*, p. 71: «En su exposición sobre las virtudes (san Bernardo) insiste como san Gregorio sobre la solidaridad entre las virtudes cardinales (Csi. 1,8 [t. II, BAC 452, pp. 69-71)».

dice que constituye «su compenetración mutua», la «médula» y el «centro» de todas las virtudes[34].

Por lo mismo, no designa la templanza como la primera de las virtudes cardinales, más bien remarca, en el curso de su reflexión que sin la prudencia, no se podrá conocer la justa medida[35]. Y Tomás de Aquino en el siglo siguiente enseñará que «si la prudencia constituye la esencia, la justicia y la templanza se aplican al efecto»[36].

San Bernardo muestra la significación de la templanza como una «reflexión del espíritu»[37] y «ordenación de la voluntad[38]». Retoma también un aspecto esencial de la teología monástica: la adhesión humana al orden establecido por Dios[39]. Por lo mismo, evita declarar la templanza como relevante únicamente de la razón o de la voluntad[40].

Algunos decenios más tarde, uno de los más importantes teólogos y precursor de la escolástica, Guillermo el Canciller (+1236)[41], citando como fuente el «Tratado de Consideración» clarifica la relación de la prudencia y de la templanza con las facultades del alma.

Asigna al discernimiento del bien y del mal la prioridad de los actos razonables que atribuye a la prudencia. La función de la templanza será someter todo el bien creado al soberano Bien. Es así que ella cumple el acto más importante del poder acordado a las tendencias[42].

---

[34] Ver Csi. 1,11 (t. II, BAC 452, pp. 73-75). ARISTÓTELES, *Hauptwerke*, sel., tr., et éd. W. Nestle, Stuttgart, 1934. ARISTÓTELES dice lo siguiente en la *Ética a Nicómaco*: «Die Tugend ist also ein mittleres Verhalten, darauf bedacht, die rechte Mitte zu treffen» (*ibid.*, p. 231) [La virtud es un comportamiento medio, orientado a encontrar el centro exacto].

[35] Ver Csi. 1,11 (t. II, BAC 452, p. 75).

[36] TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica* II, II 123,12 (trad. castellana en BAC 142, Madrid, 1955, p.721).

[37] Csi. 1,10 (t. II, BAC 452, p. 73).

[38] *Ibid.*

[39] O.LOTTIN, *Considérations sur l'état religieux et la vie bénédictine*, Paris, 1941, p. 36: «La justicia original de la cual gozaban nuestros primeros padres consistía en dos elementos: en primer lugar los sentidos estaban perfectamente sometidos a la razón que les mantenía en orden por la virtud de la templanza, pero además la razón y la voluntad estaban sometidas a Dios por la humildad de espíritu y por la obediencia de la voluntad».

[40] E. KERN, *Das Tugesndsystem des heiligen Bernhard von Clairavux*, Freiburg, 1934; ver p. 22: donde el autor muestra con referencia a Div. 72,2 y Div. 50,2-3, que san Bernardo no clarifica de manera unívoca la relación de las virtudes cardinales con las fuerzas del alma.

[41] Ver N. WICKI, *Philipp der Kanzler*, en LThK 8, Freiburg, 1963, cols. 452-453.

[42] O LOTTIN, *Psychologie et morale aux XIIe y XIIIe siècles*. Tomo III/2: *Problèmes de morale*, Gembloux, 1949, p. 175: «El acto principal de la razón es el discernimiento

San Bernardo explica de manera significativa, como la templanza dirige las facultades del alma, a propósito de la influencia que ejerce sobre la justicia:

> «Pasando ya a la virtud de la justicia, una de las cuatro virtudes cardinales, sabemos que, antes de formarse en ella el espíritu, ya ha sido poseído previamente por la consideración. Porque es menester que primero se recoja en sí mismo, para sacar de su interior esa norma de la justicia que consiste en no hacer a otro lo que no desea para sí y no negar a los demás lo que uno quisiera que le den. La integridad de la justicia, esto no es dudoso, reside en el reconocimiento de estos dos principios. Porque parte de la justicia es no hacer a los demás lo que no quisiéramos que nos hagan, y su perfección culmina en lo que nos dice el Apóstol: «Todo lo que quieran que hagan los demás por ustedes, hagánlo ustedes por ellos». Pero ni lo uno ni lo otro lo llevaremos a la práctica si la voluntad misma, en la que se fragua su forma, no va disponiéndose a rechazar lo superfluo y a prescindir de lo necesario con verdadero escrúpulo. Esta disposición es precisamente lo específico de la templanza»[43].

Luego san Bernardo tiene a bien evocar la virtud de la fortaleza, sin la cual el hombre no podrá cumplir la justicia, ni guardar la justa medida en cada cosa. Enseña:

> «¿Cómo poseer esta virtud o la otra sin la fortaleza? Se necesita fortaleza, y no pequeña, para pretender reprimir y rechazarse a sí mismo rígidamente, sin quedarse corto ni pasarse, mientras la voluntad se mantiene en le término medio preciso, riguroso, único, invariable, en el centro mismo, netamente recortado. En esto consiste la fortaleza»[44].

Da finalmente a entender que la prudencia, es también partícipe de esta compenetración mutua, y sin ella no se podrá encontrar el justo medio en la renovación del corazón humano:

---

del bien y del mal que se opera por la prudencia; el acto principal del apetito concupiscible es la subordinación de todo bien creado al bien supremo, que es el oficio de la templanza...». Citado conforme al Mss. Paris Nat. Lat. 3146, f 93 va – 93 vb; Bruxelles, Bib. Roy. 1801-03, f 167 vb.

[43] SAINT BERNARD, *De la considération*, trad. de P. DALLOZ, Cerf, Paris, 1986; sobre el «feliz nexo entre las cuatro virtudes», ver pp. 35-36.

[44] Csi. 1,10 (t. II, BAC 452, p. 73).

«La prudencia es la primera en descubrir y reconocer el justo medio... Te aseguro que son muy pocos los que la descubren, porque son muy pocos quienes la poseen.
En resumen, es a la justicia que le corresponde buscar el justo medio, a la prudencia encontrarlo, a la fortaleza de defenderlo, a la templanza poseerlo»[45].

c) Hacer la unidad de si mismo por la moderación

S. Bernardo emplea el término *moderatio* como Santo Tomás de Aquino[46] lo hará más tarde, en el mismo sentido que templanza. Pero en relación a los esfuerzos que hay que realizar para llegar a la unidad de sí mismo, el prefiere moderación. En el segundo tomo de «De Consideración», san Bernardo resalta que por la moderación, el hombre evita por una parte elevarse por encima de sí mismo, y de otra parte emplea, los talentos acordados por Dios adaptándose sin cesar a las distintas circunstancias[47].

En estas reflexiones respecto de la unificación del ser, san Bernardo emplea cinco veces en cinco líneas el sustantivo *modus* que hace parte de la familia moderación[48]. He aquí su enseñanza:

«Mantén el justo medio si no quieres perder el equilibrio. En el centro está la seguridad. En el encontrarás la mesura y en la mesura la virtud»[49].

---

[45] Csi. 1,11 (t. II, BAC 452, p. 75). [Para hacer más comprensible, en castellano, el texto de san Bernardo se ha ampliado un poco la cita respecto del original. N. de la R.].

[46] TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologica* II-II,141,2: «nomen temperantiae significat quandam "temperien", id est moderationem, quam ratio ponit in humanis operationibus et passionibus...» («el nombre de templanza no indica más que cierta "moderación" o equilibrio impuesto por la inteligencia en las obras y en los movimientos de la pasión»; trad. en BAC 134, Madrid 1955, pp. 21-22).

[47] R. P. STEPSIS, *Fulfillmnet of self and Union with God in the writings of Bernard of Clairvaux*, en *The Americam Benedictine Review* 24 (1973), pp. 348-364; del descubrimiento y aceptación de sus propios límites y posibilidades, como condición para la realización de uno mismo, ver p. 349.

[48] Csi. 2,19 (t. II, BAC 452, pp. 110-111); ver la nota 43 de la trad. francesa de DALLOZ [citada en nota 43].

[49] Csi. 2,19 (t. II, BAC 452, p. 111).

«Vivir fuera de la moderación es un destierro para el sabio», dice él. Pero tiene cuidado de mostrar que distingue el dinamismo interior sin medida al cual nos invita san Pablo cuando dice: *Que Cristo habite en sus corazones por la fe, y sean arraigados y edificados en el amor. Así podrán comprender con todos los santos, cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad* (*Ef* 3,17-19). San Bernardo emplea las dimensiones «ancho», «largo», «alto» y «profundo» en el sentido contrario al utilizado en el texto, para sorprender al lector y para atraer la atención sobre el tema de la «moderación»:[50]

> «Ahora, entiendo por anchura confiar en una vida muy larga, por largura, distraerse en afanes superfluos; por altura, presumir de lo que se carece; por profundidad abatirse más de lo necesario»[51].

El deseo de una vida más larga conduce a cuidados exagerados por la salud, de tal modo que Dios no se encuentra en el centro de los pensamientos y de las preocupaciones. Este deseo conduce igualmente a vivir centrados mucho más en las dificultades del futuro que en los deberes del presente[52].

En cuanto a la preocupación por las cosas inútiles, san Bernardo pone atención en la dispersión, especialmente en la pérdida de fuerzas que sería mejor poner al servicio de Dios[53]. Aquel que se sobrestima está continuamente en peligro de caer. A este propósito recuerda las palabras de la Escritura: *La soberbia es heraldo de la ruina y la altivez de corazón de la caída*» (*Pr* 16,18)[54].

No menos grave es el abatimiento que hace que el corazón humano vuelva incansablemente alrededor de sí mismo, no encontrando más la fuerza de elevarse hacia Dios. Y san Bernardo lo expresa así:

---

[50] J. LECLERQ, *S. Bernard et la Règle de S. Benoît*, en *Collectanea Cisterciensia* 35 (1973), pp. 173-185; p.176: el autor se refiere a uno de los «métodos literarios predilectos» de san Bernardo: «... que consiste en reproducir las palabras de un párrafo con un matiz de humor, dándole un sentido contrario al que tienen en su fuente, a fin de sorprender, y hacer que resulten casi chocantes para el lector, a fin de atraer su atención sobre lo que quiere decir».

[51] Csi 2,19 (t. II, BAC 452, p. 111).

[52] *Ibid.*

[53] Ver *Ibid.*

[54] Ver *Ibid.* J. LECLERQ, *Saint Bernard et l'expérience chrétienne*, en *La vie spirituelle* 117 (1967) pp. 182-198; *Idem*, *Aspects du monachisme hier et aujourd'hui*, Paris, 1968, pp. 261-277.

«Y abatirse por excesivo encogimiento no es sino dejarse engullir por la desesperación»[55].

Con el juego de palabras *modestus moderabitur curas* -«el hombre moderado controlará sus anhelos»[56]-, indica el camino de la unidad interior a practicar por el cristiano; esta unidad resulta de comprometer las propias fuerzas al servicio de Dios y del prójimo. Sólo «el hombre moderado» que economiza sus fuerzas renunciando a lo superfluo, es capaz de utilizar estas mismas fuerzas para lo que es necesario[57].

d) El celo y la discreción

En el *Sermón 49 del Cantar*, san Bernardo pone el acento sobre la «colaboración del celo y la discreción». Enriquece el vocabulario del concepto *discretio*, de la palabra *scientia* y hace comprender que el esfuerzo de avanzar en la vida espiritual sostiene la disposición a la discreción:[58]

> «El celo sin la moderación siempre es menos eficaz, resulta menos útil y con frecuencia se percibe su mal. Cuanto más fogoso es el celo, más radical el espíritu, y más desbordante el amor, se necesita una moderación más vigilante que elimine el mal celo, temple el espíritu y ordene el amor»[59].

Bernardo compara lo que los Apóstoles han vivido en Pentecostés[60], con las palabras de la Esposa del *Cantar*: *«Me introdujo el Rey en su bodega. Ha ordenado en mi el amor»*.(*Ct* 2,4)[61] Hace comprender que el alma, después de una experiencia contemplativa, «está ebria del Espíritu Santo», que aviva el ardor del corazón y llena la inteligencia de su luz[62].

---

[55] Csi 2,19 (t. II, BAC 452, p. 111).

[56] *Ibid.*

[57] Ver *Ibid.*

[58] A.TANQUEREY, *Précis de théologie ascétique et mystique*, Paris / Tournai, 1923 et 1924; sobre cómo superar la causa de las actitudes erróneas en la vida espiritual, ver pp. 517-518.

[59] SC 49,5 (t. V, BAC 491, p. 641).

[60] Ver *Hch* 2,14-15.

[61] U. KOFF, *Religiöse Erfahrung in der Theologie Bernhards von Clairvaux*; en *Beiträge zur hist. Theologie* , ed. J. WALLMANN, Tübingen, 1980; sobre la metáfora del vino embriagador en la experiencia mística, ver p. 38.

[62] Ver SC 49,4 (t. V, BAC 491, p. 641); Casiano, *Conf.* II,4: «... sin el cual (consejo)

Mayor es su entusiasmo y más le es necesario el don de la discreción en las relaciones con el prójimo; en particular, en la dirección de las almas que le han sido confiadas[63]. Lo describe de manera gráfica como sigue:

> «Recibió también la discreción, es decir, la ordenación del amor, para que las muchachas no recelen de la esposa y sus excesos no resulten intolerables por la impetuosidad de espíritu que despliega al salir de la bodega.
> La discreción equilibra todas las virtudes, el equilibrio engendra moderación y encanto e incluso consistencia»[64].

En un sermón para el primer domingo de Noviembre, Bernardo menciona el celo y la ciencia que corresponden a la discreción como las dos alas que permiten al alma de elevarse hacia Dios[65]. Amplía esta imagen equiparando el conocimiento a la devoción y la inteligencia al amor[66].

e) La «vía regia» del medio

Juan Casiano considera la discreción en el sentido de la mesura, como la vía regia[67] que conduce directamente al Reino de los cielos[68]. Y san Bernardo enseña lo mismo: «La vía regia, hermanos, no se desvía ni a

---

nos prohibe la Escritura hacer nada absolutamente, hasta el punto de que, incluso al beber el vino espiritual, *que alegra el corazón del hombre* (*Sal* 103,15), quiere que lo hagamos con la mesura de la discreción: *Hazlo todo con consejo, con consejo bebe el vino* (*Pr* 31,3[LXX])».

[63] D. LOPFE, *Die Menschlichkeit in der Regel Benedikts*, en *Erbe und Auftrag* (=EA) 56 (1980), pp. 194-202; sobre todo p. 199.

[64] SC 49,5 (t. V, BAC 491, p. 641); - J. LECLERQ, *La communauté formatrice selon saint Bernard*, en *Collectanea Cisterciensia* 42 (1980), pp. 3-21; sobre el concepto de la «edad» según san Bernardo, p. 4: «No corresponde al número de años sino a un cierto grado de madurez todavía no alcanzada: «Hablo de años no como decurso del tiempo; sino como acumulación de méritos» (SC 1,12; [t. V, BAC 491, p. 87])».

[65] Ver *En el primer domingo de noviembre* (=I Nov.) 4,2 (t. IV, BAC 473, p. 485). - J. LECLERQ, *L'amour des lettres et le désir de Dieu*, Paris, 2ª ed., 1963; sobre la metáfora del «vuelo» en la literatura monástica, ver p. 60.

[66] Ver I Nov. 4,2 (t. IV, BAC 473, p. 485).

[67] J. LECLERCQ, *La vie royale*, en *La vie spirituelle. Supplément* nº 7 (15 nov, 1948), pp. 338-352.

[68] Casiano, *Conf.* 2,2: «La discreción... enseña al monje a caminar por una senda real, y no le permite apartarse ni a la derecha, en pos de una virtud orgullosa y un fervor exagerado que rebasan los límites de la justa templanza, ni a la izquierda, tras de la

derecha ni a izquierda»[69]. Se aleja sea de la tibieza que del celo inmoderado y para el monje, está indicada por la regla. Así lo expresa:

> «Tu vida debe ser consecuente con la Regla a que te comprometiste. Nunca has de franquear los linderos que establecieron tus padres en todas las prácticas de esta peregrinación y de esta vida, ni desviarte a derecha o a izquierda»[70].

La discreción y la obediencia no es tanto para el monje en el ámbito de los «ejercicios exteriores», puesto que en esto el camino le es indicado por la regla y las órdenes del Abad. Aunque de una parte y otra de esta vía derecha (*vía recta*), la serpiente de la tentación presenta la emboscada y pone la duda: «¿Por qué Dios les ha mandado obedecer a esta regla?»[71]. San Bernardo describe como actúa la astucia del tentador:

> «Adaptándose a la vitalidad espiritual de cada uno, al tibio le inspira flojedad y al fervoroso una vida más exigente»[72].

Los dos ponen en peligro el espíritu de unidad y alejan del espíritu de salvación:

> «El Espíritu Santo sólo sabe reunir y no separar»[73].

La discreción practicada por el monje gracias a la obediencia es la vía del amor, orientada plenamente según la voluntad de Dios.

3. La discreción como reconocimiento de la voluntad de Dios

Mientras que en el ámbito de la observancia exterior, el camino de la voluntad de Dios es fácil para el monje, es necesario que él se esfuerce

---

relajación y el vicio, so pretexto de mirar excesivamente por la salud del cuerpo, en una perezosa y mortal desidia».

[69] Div. 79,1 (t. VI, BAC 497, p. 405).

[70] *Sermones en la Vigilia de Navidad* (=VNat.) 3,6 (t. III, BAC 469, p. 153).

[71] Div. 22, 4 (t. VI, BAC 497, p. 187).

[72] *Ibid.*

[73] *Ibid.*

por adquirir el don de la discreción en las observancias interiores que deben regir sus pensamientos y sus actitudes en la vida cotidiana.

Para llegar a esto, san Bernardo en su teología pregona la renuncia a la voluntad propia. La plena expansión de esta renuncia se alcanza en el «reconocimiento» estable de lo que él llama «sabiduría»[74].

a) El don de la discreción

En el *Sermón 85 sobre el Cantar de los Cantares*, san Bernardo considera la actitud y capacidad del alma para querer el bien como la obra del VERBO divino. Enseña que el crecimiento del alma consiste en el hecho que su voluntad sea transformada y su razón iluminada, de modo que «vea y conozca el Bien».[75]

Para el tema de la *discretio*, es importante que describe sobre ella los actos esenciales de la *ordinatio,* aunque sin designarlos de manera explícita, en su relación a la unión mística del alma con Dios[76]: la ordenación de la intención por la búsqueda del Verbo, el reconocimiento de la voluntad de Dios con la elección conveniente y la puesta en práctica de lo elegido en los actos virtuosos[77]:

> «El alma busca al Verbo para consentirle que la corrija, para que ilumine su entendimiento y la sostenga en su virtud...»[78].

---

[74] R.KERESZTY, *Die Weisheit in der mystischen Erfahrung beim heiligen Bernhard von Clairvaux* en *Cîteaux* 14 (1963) pp. 6-24; 104-134; 185-201; a propósito de la expresión *initium sapientiae* como «Prinzip der moralischen Läuterung der Seele» (principio de la purificación moral del alma), ver pp. 21-23.

[75] Ver SC 85,2 (t. V, BAC 491, p. 1045: «deseará el bien y lo conocerá»). – G. SWITEK, *Diskretio spirituum. Ein Beitrag zur Geschichte der Spiritualität*, en *Theologie und Philosophie* 47 (1972), pp. 36-76; p. 55: «Quien lee las obras de Bernardo, enseguida se da cuenta que allí no se trata sólo de mera literatura, sino que sus expresiones están llenas de la experiencia espiritual del padre "pneumático", "diakritos"».

[76] E.GILSON, *La théologie mystique de saint Bernard*, Paris, Vrin, 1934; sobre «ordinatus» y «ordinare» y la relación de estas expresiones con «purgatus» y «purgare», ver p. 161, nota 1.

[77] R. GRABER, *Die Gaben des Heiligen Geistes*, Regenburg, 1936; ver p. 118 donde bajo el aspecto del «don de consejo» en el proceso de una acción humana, se distingue: «... El orden institucional que se ocupa de la meta del comportamiento, el orden de la elección y ejecución, que reúne a ambos en el medio y a través del cual se debe alcanzar la meta del comportamiento»

[78] SC 85,1 (t. V, BAC 491, p. 1043).

Bernardo habla de la «fuerza del espíritu» *(vigor animi)* que dirige todo, tanto como se puede, en las vías de la razón[79], y si bien no designa explícitamente la discreción, parece evidente que la considera como un don del Espíritu. En esto sigue a Casiano, que dice respecto de la discreción: «No es don terreno o de relativa importancia, sino un gran premio de la gracia divina»[80].

Bernardo llama la atención sobre la «fuerza que viene de lo alto» como se expresa en el Evangelio de san Lucas: *Permanezcan en la ciudad, hasta que sean revestidos de la fuerza que viene de lo alto* (*Lc* 24,49). Describe así la acción de esta fuerza:

> «Necesitas una gran fortaleza, y no cualquiera, sino la que puede venirte de lo alto. Si es perfecta, fácilmente logra que el espíritu sea vencedor de sí mismo y lo vuelva invicto en toda batalla»[81].

Bernardo dice de la discreción, que se mantiene imperturbable al lado de la razón, o mejor que garantiza esta última: *immobiliter stantis cum ratione vel pro ratione*[82]. Es «una fuerza vital del Espíritu que no cede cuando se trata de proteger la razón»[83].

La colaboración de la razón con la acción del Espíritu hace al alma fuerte y reflexiva. En este estado de espíritu, renuncia a su voluntad propia y se apoya enteramente sobre la voluntad de Dios[84]. Bernardo cita en este conjunto de ideas el versículo del *Cantar*: *Quien es esta que sube del desierto, desbordante de gozo, apoyada en su Amado* (*Ct* 8,5):

> «Si no se apoya, se esfuerza en vano. Efectivamente, si cuenta con un apoyo se hará fuerte contra sí misma y someterá todo a su propósito: la ira, el miedo, la codicia y el gozo; como si fuesen el carro del alma, lo conducirá como buen auriga y reducirá a esclavitud todos

---

[79] Ver SC 85,4 (t. V, BAC 491, p. 1049).

[80] Casiano, *Conf.* II,1; y respecto de *1 Co* 12,8, dice: «La discreción no es una virtud cualquiera que pueda alcanzarse con las solas fuerzas humanas. No podemos adquirirla sin el don y la gracia divinos» (*ibid.*).

[81] SC 85,4 (t. V, BAC 491, pp. 1047.1049).

[82] *Ibid.*: «se mantiene inamovible con la razón para defenderla» (t. V, BAC 491, p. 1049).

[83] Ver *Ibid.*

[84] R. GARRIGOU-LAGRANGE, *Mystik und christliche Vollendung*. Reproducción autorizada.

los afectos carnales, y al dominio de la razón en servicio de la virtud los sentidos de la carne.

El que se apoya en quien todo lo puede ¿no lo podrá todo? ¡Qué confianza la de aquel grito: *Todo lo puedo en aquel que me conforta*! (*Flp* 4,13)»[85].

b) La discreción engendra la paz

Bernardo hace referencia a las palabras del Apóstol Santiago: *La sabiduría que viene de Dios es ante todo pura, amante de la paz* (*St* 3,17). Enseña que todo pensamiento que no tiene estas dos características está alejado de la sabiduría divina. Demuestra que se puede reconocer por el deseo de paz si un pensamiento es puro y de inspiración divina. Considera la paz como un elemento esencial de la discreción[86].

Los escándalos y las caídas son los signos de falta de discreción y de negligencia en la búsqueda de la voluntad de Dios. Se siguen ciegamente los deseos del corazón; se impacienta delante de los obstáculos y se comienza a murmurar. He aquí la actitud falsa que puede darse, cuando carecemos de discernimiento para recordarlo:

> «*Todo concurre al bien de aquellos que Dios ha llamado según su propósito* (*Rm* 8,28). Y lo que nos parece un contratiempo es en realidad una palabra de Dios, que nos indica su voluntad»[87].

La insistencia de Bernardo sobre este tema, muestra que habla por experiencia[88].

c) La pureza de intención

Casiano compara el don de la discreción con lo que el Señor dice en

---

[85] SC 85,5 (t. V, BAC 491, p. 1049); ver 2 *Co* 10,5. – J. MOUROUX, *Sur les critères de l'expérience spirituelle d'aprés les Sermons sur le Cantique des cantiques*, en *Anal. Cist.* 9/3-4 (1953), pp. 253-267; sobre SC 85, ver p. 256.

[86] Ver Div. 24,1 (t. VI, BAC 497, pp. 203-205); ver también Div. 82,3: «La complacencia elimina la envidia, y la discreción templa los excesos de la emulación» (t. VI, BAC 497, p. 411).

[87] Div. 26,3 (t. VI, BAC 497, p. 221).

[88] E. OXENHAM, *Seeking after peace and pursuing it: Monastic peace according to St. Bernard*, en *Cist. Studies (quarterly)* 20 (1985), pp. 202-211.

Mt 6,22, cuando habla del ojo que ilumina a todo el ser[89]. A causa de la pureza de intención es designado como el *oculus simplex*[90] (ojo simple), mientras que los pensamientos inútiles y maliciosos turban el discernimiento humano formando un *oculus nequam*[91] (ojo enfermo).

Bernardo se refiere a esta palabra de Cristo en una carta al Abad Guido de Trois-Fontaines, a quien sobre un problema de conciencia da el consejo siguiente:

> «Lo que discierne la culpa o el mérito es la finalidad de la intención, no el motivo del desenlace, ni la materialidad del acto, ni el éxito subsiguiente: *Si tu ojo fuera sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado; pero si es malicioso, todo tu cuerpo está en tinieblas* (*Mt* 6,22)»[92].

San Bernardo considera «la buena voluntad» y la «prudencia» como condiciones de la *simplicitas oculi* (simplicidad del ojo). Las dos concuerdan para cumplir los actos de la discreción:

> «Es evidente, por tanto, que aquella sencillez encomiable y elogiada por el Señor necesita de dos buenos apoyos: la cordialidad y la prudencia. De este modo, el ojo del corazón será tan solícito que evitará todo engaño; y tan cauto, que tampoco se dejará engañar»[93].

---

[89] Casiano, *Conf.* 2,2: «Esta es la dicreción (*discretio*) a la que llama el Salvador en el Evangelio el ojo y la lámpara del cuerpo: *La lámpara de tu cuerpo es el ojo. Si, pues, tu ojo estuviere sano, todo tu cuerpo estará luminoso, pero si tu ojo estuviere enfermo, todo tu cuerpo estará en tinieblas* (*Mt* 6,22-23). Ella discierne, en efecto, todos los pensamientos del hombre y sus actos, examinando y viendo en la luz lo que debemos hacer»; ver también *Conf.* X,6.

[90] J. LECLERQ, *Aux sources de la spiritualité occidentale, tome 3: Chances de la spiritualité occidentale*, Paris, 1966; «La simplicité», pp.339-354; sobre el término *simplicitas*, p. 342: «La idea fundamental es aquella de la integridad, especialmente aplicada a Dios, porque la simplicidad es lo propio de la unidad, lo contrario es no solamente la duplicidad sino también la multiplicidad. Esto se verifica en Dios y en todos los que comparten su vida».

[91] R. BYRNE, *Casiano and the Goals of Monastic Life*, en *Cist. Studies* (*quarterly*) 22 (1987) pp. 3-16; sobre «The inmediate goal of the monastic life: purity of heart» (el fin inmediato de la vida monástica: la pureza de corazón), pp. 10-15: ver para comparar: BERNARDO, VNat 3,6 (t. III, BAC 469, p. 153).

[92] *Cartas* (=Ep.) 69,1 (t. VII, BAC 505, p. 265).

[93] *Libro sobre el precepto y la dispensa* (=Pre.) 14,36 (t. II, BAC 452, p. 285).

La esencia de la discreción consiste en el amor del bien y el reconocimiento de la verdad, mientras que los «defectos» morales y la «ceguera» espiritual constituyen el *oculus nequam*. Allí donde falta el reconocimiento de la verdad, el amor del bien no produce sino error y engaño. Allí donde la voluntad, a pesar del reconocimiento de la verdad, carece de amor por el bien, es la maldad la que obra[94].

En el elogio fúnebre de su hermano Gerardo, san Bernardo hace referencia a la *simplicitas oculi*. Como su ojo era simple, dice él, tenía su corazón lleno de «buenos consejos» y su lengua «justa en sus juicios»[95].

San Bernardo consagra su *Sermón 8 sobre el Salmo «Qui habitat»*[96] a la purificación de la vista. Se refiere al versículo: *Tú no le ves más que con los ojos....* (*Sal* 90,8). Según él, la renuncia a la voluntad propia y la disposición a comprometer todas sus fuerzas al servicio de Dios hacen al hombre capaz de entrar en posesión de todas sus capacidades. Esto se aplica ante todo a los ojos: «las ventanas más altas del corazón»[97].

> «Entonces lo verás con tus propios ojos si ahora admites fielmente que son suyos y no tuyos»[98].

No ignora sin embargo que el hombre llega a la visión plena con la entrada en la vida eterna porque su intención en adelante no podrá ser manchada:

> «Sí serán totalmente tuyos cuando todo esto desaparezca y puedas verlo todo con tus propios ojos, abriéndolos a tu gusto con toda libertad y tranquilidad. Ya no tendrás que apartarlos de las vanidades, porque verán la verdad en toda su pureza»[99].

---

[94] Ver Pre. 14,37 (t. II, BAC 452, pp. 285. 287).

[95] Ver SC 26,6 (t. V, BAC 491, p. 375).

[96] J. LECLERQ, *Essais sur l'esthétique de S. Bernard: De l'expérience à l'expression*, en *Recueil* (Roma, 1987), pp. 43-52; sobre el significado del texto de los *Sermones sobre el Salmo 90: «El que habita»* (=QH) 8,4-9 para la *discretio* como base de la vida monástica, p. 49.

[97] Ver QH 8,3 (t. III, BAC 469, p. 515).

[98] QH 8,6 (t. III, BAC 469, p. 519). – M.-N. BOUCHARD, *Une lecture monastique du psaume 90: les sermons de saint Bernard sur le psaume «Qui habitat»*, en *Collectanea Cisterciensia* 49 (1987); pp. 156-172.

[99] QH 8,6 (t. III, BAC 469, p. 519). - F. VANDENBROUCKE, *Le moine dans l'Église du Christ. Essai théologique*, Louvain, 1947; respecto al significado de *Mt* 5,8 según Casiano (*Conf.* X,6) y los Padres del desierto, p. 20: «Se comprende que la sexta

«Las obras del Espíritu Santo tienen un doble enfoque: unas son para nuestro bien y otras para el del prójimo»[100]. A fin de ver en los dos casos la actitud que conviene, la discreción es indispensable.

Conviene guardar en el silencio del corazón las gracias de compunción, de reconocimiento, de amor de Dios que se nos conceden. «La palabra de sabiduría» y la «palabra de ciencia», por el contrario nos son dadas para compartirlas de todo corazón con nuestros semejantes y para contribuir a su salvación:

> «Si nos apropiamos lo que recibimos para el bien de los demás, faltamos a la caridad y se nos dice: *¿Para qué valen la sabiduría escondida y el tesoro oculto?* (*Qo* 20,32). Y si damos a conocer a los hombres los dones que recibimos de Dios en vez de agradecérselo a él en lo íntimo del corazón, perdemos la humildad y merecemos aquel reproche: *¿Qué tienes que no lo hayas recibido?* (*1 Co* 4,7). En ambos casos nos ponemos en peligro, en el primero perdemos la humildad y en el segundo la caridad. ¿Y es posible salvarse sin humildad y sin caridad?»[101].

La fidelidad a la voluntad de Dios por lo que se refiere a las gracias recibidas prepara a la discreción, en el sentido del discernimiento de los espíritus, que Bernardo evoca sin más explicación como sigue:

> «... Si nos reservamos lo que nos conviene a nosotros y repartimos generosamente entre todos lo que se nos da para bien del prójimo, alcanzaremos ese don del Espíritu Santo que llamamos discreción de los espíritus»[102].

4. El discernimiento de los espíritus

En el *Sermón De Diversis 23* y en los *Sermones 32-33 sobre el Can-*

---

bienaventuranza, que parece más bien referirse a la visión de Dios en la eternidad, fue comprendida por los solitarios como la carta de su vida contemplativa: *Bienaventurados los puros de corazón, porque verán a Dios.*

[100] Ver Div. 88,1 (t. VI, BAC 497, p. 425).

[101] Div. 88,2 (t. VI, BAC 497, p. 427).

[102] *Ibid.*

tar de los Cantares, san Bernardo recomienda a sus monjes el discernimiento de los espíritus en el sentido amplio de la vigilancia frente a las tentaciones[103]. Porque si es real que la verdad y el bien son puestos en peligro por el error y el mal, es deber del hombre discernir si es la voz de Dios que habla a su corazón o su propia concupiscencia inducida por el diablo. El apóstol Juan, recomienda la vigilancia: *No crean a todos los espíritus, más bien examínenlos para ver si vienen de Dios* (*1 Jn* 4,1)»[104].

Sin embargo, san Bernardo rechaza la reflexión interminable, que va más allá de la vigilancia y que en su curiosidad, intenta introducirse en el ámbito de lo supra-sensible. El don del discernimiento de los espíritus, en el significado particular de esta expresión, no se podrá adquirir por las propias fuerzas. Más bien es concedido como carisma, según la voluntad de Dios, para la dirección de las almas[105].

a) Sermón De Diversis 23

Este Sermón titulado: *De septem spiritibus* (sobre los siete espíritus), merece más bien según F. Vandenbroucke, el título de *De discretione spirituum* (sobre la discreción o discernimiento de espíritus)[106]. Cuando san Bernardo habla de «siete» espíritus[107], diversifica la enseñanza de Casiano que forma la base de las consideraciones en *Diversis* 23. «Hemos de saber, ante todo, que son tres los principios de los que se originan nuestros pensamientos: Dios, el demonio y nosotros mismos»[108].

---

[103] G. BARDY, *Discernement des esprits: III. Au Moyen Âgé*, en *Dictionnaire de Spiritualité* 3 (1957), cols. 1247-1254; ver col. 1239: «La vida cristiana es, también ella, un discernimiento continuo, una atención siempre vigilante, sostenida por un doble cuidado de protegerse de las vías del pecado y de buscar siempre lo mejor (ver *Ef* 5,5; *Flp* 1,9-10)».

[104] Ver Div. 23,2 (t. VI, BAC 497, p. 197).

[105] SC 32,6 (t. V, BAC 491, pp. 471 y 473); ver *1 Co* 12,10.

[106] F. VANDENBROUCKE, *Discernement des esprits: III. Au Moyen Âgé*, en *Dictionnaire de Spiritualité* 3 (1957), cols. 1255-1257; ver 1256: «El sermón 23 *De diversis*, titulado *De discretione spirituum* (se le ha impropiamente llamado *De septem spiritibus*) ...».

[107] J. B. SCARAMELLI, *Die Unterscheidung der Geister*, trad. del italiano, Regensburg, 1861; sobre Div. 23, ver pp. 9-12, donde dice que Bernardo habla de seis órdenes de los espíritus.

[108] Casiano, *Conf.* I,19.

San Bernardo distingue en lo que se refiere al espíritu divino, entre la voz de Dios que habla en nosotros, y la voz de su ángel que nos trae el mensaje de Dios para recomendarnos el bien. Cita las palabras del Salmo: *Quiero escuchar lo que el Señor mi Dios dice en mi alma* (*Sal* 84,9), y también las palabras del Profeta Zacarías: *El ángel que tenía la costumbre de hablarme me dijo* (*Za* 1,9)[109]. Pero él insiste sobre el hecho que no importa saber si es de Dios mismo o su ángel quien nos presenta la verdad y nos inclina hacia el bien. Nuestra disposición a seguir con diligencia este estímulo es mucho más importante:

> «Es difícil distinguir si es un ángel o Dios; pero tampoco es peligroso ignorarlo; estamos completamente seguros de que el ángel bueno nunca habla por sí mismo, sino que es Dios quien habla por él»[110].

En cuanto al mal espíritu que trata de inclinarnos hacia el mal, san Bernardo se refiere a la Carta a los Efesios: *Nuestra lucha no es contra los enemigos de la carne y sangre, sino contra los Principados y Potestades, contra los Soberanos de este mundo de tinieblas, contra los espíritus del mal que habitan en el espacio* (*Ef* 6,12). Las fuerzas del mal, que debemos reconocer en nosotros mismos o en las inspiraciones de Satanás, son el espíritu de la carne, el espíritu del mundo y el espíritu del mal[111]. Advierte contra la reflexión inútil, porque en tales tentaciones, sólo la resistencia es conveniente:

> «Pero ¿qué importa identificar al que habla si todos dicen lo mismo? ¿Qué más da reconocer a la persona si consta que siempre dice maldades? Si es el enemigo, resiste varonilmente sus ataques. Y si es tu propio espíritu, repréndele y llora amargamente por haberte hundido en semejante miseria y tan miserable esclavitud»[112].

San Bernardo confronta las tres inclinaciones del espíritu hacia el mal con las cuatro propensiones al bien: el espíritu de disciplina, el de la humildad, del amor fraterno y la tendencia a las otras virtudes. Es en

---

[109] Ver Div. 23,2 (t. VI, BAC 497, p. 197).

[110] Div. 23,5 (t. VI, BAC 497, p. 201).

[111] *La vie monastique selon la doctrine de saint Bernard: IV. Des instruments des bonnes oeuvres*, en *Collectanea Cisterciensia* 54 (1992), pp. 145-174, ver cap. 2, a-c.

[112] Div. 23,4 (t. VI, BAC 497, pp. 199-201).

estas inspiraciones que se puede reconocer con certeza el espíritu de Dios o su ángel:

> «Cuando te vienen a la mente pensamientos provechosos, tales como castigar el cuerpo, humillar el corazón, fomentar la unidad y practicar la caridad con los hermanos; o bien adquirir, conservar y aumentar las demás virtudes: no lo dudes, te habla el Espíritu de Dios, directamente o por medio de un ángel»[113].

Es con la oración de Samuel: *Habla, Señor, que tu siervo escucha* (*1 R* 3,10) que concluye Bernardo esta homilía. Dirige a Dios esa plegaria con en estos términos:

> «Hagamos silencio para escuchar interiormente a Dios que nos habla e instruye de su reino; sus palabras son muy sutiles, y por ello muy provechosas: son inspiraciones interiores»[114].

b) Sermón 32 sobre el Cantar

En este sermón, Bernardo comenta el versículo: *Dime dónde pastoreas, dónde recuestas tu rebaño a la hora del mediodía* (*Ct* 1,6). Por la expresión «a la hora del mediodía», entiende el momento de la iluminación interior, el reencuentro con el VERBO divino. Esto se concede al monje que busca su felicidad en la «adhesión a Dios», como dice el profeta: *Adhaerere Deo bonum est* [Para mí lo bueno es estar junto a Dios] (*Sal* 72,28)[115].

Para encontrar esta felicidad, el alma que la desea debe evitar de «vagabundear detrás de los rebaños de los compañeros», es decir, seguir las enseñanzas erróneas, en las que los instigadores buscan «su ventaja» en lugar de Cristo Jesús, el Señor[116]. Este discernimiento de los espíritus es tanto más urgente para la esposa si, en el servicio del «esposo», es llamada a conducir «un rebaño». Es sólo «bajo su protección» que será capaz de «cuidarlo y hacerlo pastar con total seguridad»[117].

---

[113] Div. 23,5 (t. VI, BAC 497, p. 201).
[114] Div. 23,7 (t. VI, BAC 497, p. 203).
[115] SC 32,2 (t. V, BAC 491, p. p. 467).
[116] SC 32,10 (t. V, BAC 491, p. 477).
[117] Ver *ibid.*

La *discretio spirituum* (la discreción o discernimiento de los espíritus) es necesaria, no solamente en presencia de enseñanzas erróneas, sino también frente a la voz de la voluntad propia. Esta profiere por momentos un lenguaje muy ruidoso en el interior de nosotros mismos, y le impide a nuestro corazón entender los acentos apenas perceptibles del VERBO divino. En sus recomendaciones a los monjes, san Bernardo les dice:

> «Esos pensamientos de nuestro espíritu son muy parecidos a las palabras de la Verdad que habla dentro de nosotros. Y no será fácil discernir si es producto de su corazón o si es algo que está escuchando. Para ello hay que aplicar con cautela lo que dice el Señor en el Evangelio; porque *del corazón salen las malas ideas* (*Mt* 15,19)... Por tanto cuando maquinamos cosas malas en el corazón, es un pensamiento nuestro; y si son buenas, procede de Dios. Aquello lo dicta el corazón, esto lo escucha»[118].

San Bernardo considera como un «error peligroso», confundir la voz del VERBO con los movimientos del propio corazón. Porque lo que es bueno en el corazón del hombre es un don de Dios y no debe ser considerado como mérito de nuestra parte:

> «Por eso necesitamos concretar una norma segura, para no atribuirnos a nosotros lo divino que hay en nosotros, creyendo que un pensamiento nuestro es una visita del Verbo. Pero como distan entre sí el mal y el bien, igual distan mutuamente estas dos cosas. Nunca procederá el mal del Verbo, ni el bien saldrá del corazón a no ser que antes lo engendre el Verbo»[119].

Por otra parte, es necesario abrirse a la inclinación al bien para poder reconocerlo, y para llegar, por la *visitatio VERBI* (la visita del Verbo), a realizarlo. Por eso Bernardo aconseja:

> «Intenta que toda palabra que sale de la boca de Dios, no vuelva a él vacía, sino que prospere y ejecute todo aquello para lo que fue enviada. Así también tú podrás decir: *Ese favor suyo no ha sido en balde* (*1 Co* 15,10)»[120].

---

[118] SC 32,5 (t. V, BAC 491, p. 471).
[119] SC 32,7 (t. V, BAC 491, p. 473).
[120] *Ibid.*

Sobre el tema de los movimientos interiores desordenados, Bernardo distingue entre «el mal innato» (*malum innatum*), que es una consecuencia de la debilidad de la naturaleza humana y el «mal sembrado» (*malum seminatum*) que proviene de la influencia del demonio. Él hace, sin embargo, comprender que ninguna persona es capaz de reconocer en sí o en otros el origen exacto de los movimientos desordenados, si no posee el carisma del discernimiento de espíritus, que san Pablo evoca en la primera Carta a los Corintios[121]. No se podrá adquirir este don ni por la observación asidua de uno mismo, ni por una incansable vigilancia, por las propias fuerzas; este don es concedido en raros casos por la iluminación divina[122].

Lo importante es la voluntad de resistir al mal; no es necesario conocer su origen:

> «Tampoco nos interesa demasiado saber de dónde procede el mal que existe en nosotros, mientras sepamos que existe. Velemos y oremos, en cambio, para no consentir en él. Contra estas dos maldades suplica el diciendo: *Absuélveme de lo que se me oculta y preserva a tu siervo de delitos ajenos* (*Sal* 18,13)»[123].

c) Sermón 33 del Cantar

En esta homilía, Bernardo habla de la «verdadera y de la falsa luz del mediodía». Emplea la expresión «falsa luz del mediodía» para las tentaciones diabólicas que solicitan el corazón bajo las apariencias de bien. Se refiere a las palabras de san Pablo: *Porque el mismo Satán se disfraza de ángel de luz* (*2 Co* 11,14)[124] y habla del peligro de un ataque del Malvado a la hora del mediodía, tal como lo evoca el salmo *Qui habitat*[125]. Por una

---

[121] Ver *1 Co* 12,10.

[122] Ver SC 32,6 (t. V, BAC 491, pp. 471 y 473).

[123] *Ibid.* (p. 473).

[124] I. WIDNMANN, *Discretio (diacrisis). Zur Bedeutungsgeschichte*, en *Studien und Mitteilungen* 58 (1940), pp. 21-28. El autor se refiere, pp. 25 ss., a la *Vida de san Antonio*, escrita por san Atanasio, donde el discernimiento de los espíritus se explica en el sentido de: distinguir al diablo de un espíritu de luz, es decir bienaventurado; ver *Bibliothek der Kirchenväter. Des heiligen Athanasius ausgewählte Schriften aus dem Grieschichen übersetzt*, vol. 2, München, 1917; *Leben des heiligen Antonius*, trad. H. MERTEL, pp. 1-101; concerniente al «Dämonen als Engel des Lichtes» (el demonio como ángel de luz), p. 51.

[125] Ver *Sal* 90,6.

parte, san Bernardo expresa aquí la vulnerabilidad frente a las tentaciones de este género, que experimentan los hombres avanzados en la vida espiritual cuando se encuentran en la «mitad de su vida». Por otra parte, expresa así la intención de Satanás de «hacerse semejante a Dios», tratando de turbar al hombre religioso seguro de sí mismo, ¡con supuestas iluminaciones! Este «falso mediodía», donde la luz deslumbra y seduce, no puede ser vencido más que por el «verdadero mediodía» que viene de lo alto, es decir del VERBO divino:

> «Por eso, si el corazón al que pretende tentar algún demonio del mediodía no estuviese iluminado como el mediodía por el Sol que nace de lo alto, y hace patente su falsedad, en modo alguno podrá prevenirse, porque lo tentará y lo derribará sin remedio, presentándose como bueno para hacerse creer del incauto y desprevenido que el mal es el bien. Entonces el mediodía, es decir, la máxima luminosidad se presenta como una tentación, porque lleva por delante una imagen aparente de un bien mejor»[126].

Bernardo indica algunos ejemplos concretos de la vida cotidiana del monje: adelantarse a las vigilias nocturnas, pero dormirse después en el oficio, ayunos inmoderados, que luego por su debilidad lo incapacitan para el oficio divino, ilusión de servir mejor a Dios en la soledad que en la comunidad monástica, trabajos o maceraciones exageradas que quebrantan las fuerzas, haciendo después imposible seguir el reglamento usual[127]. En este orden de ideas, Bernardo habla de «terquedad», que parafrasea con expresiones como *obstinatio* (obstinación), *indiscretio* (indiscreción) y *singularitas* (singularidad). Como consecuencia de esta supuesta iluminación, la terquedad se apodera del pensamiento, si la razón le da crédito en lugar de esforzarse por vencerla:

> «Algunos se mantienen aferrados tercamente a sus abstinencias indiscretas y perturban con sus notables extravagancias a los demás, con quienes debieran vivir en paz y concordia. Yo, razonablemente, no puedo creer que de esta manera se mantengan realmente en la piedad, y pienso que la han arrojado ya muy lejos»[128].

---

[126] SC 33,9 (t. V, BAC 491, pp. 489. 491); ver 2 *Ts* 2,4.
[127] Ver SC 33,10 (t. V, BAC 491, p. 491).
[128] *Ibid.*

Con el fin de prevenir los malentendidos, san Bernardo describe cuatro tentaciones que no faltan en la vida del monje: 1) el temor del principiante frente a las austeridades de la vida monástica; 2) el deseo de aquel que avanza de forzar la admiración de los otros en cuanto a su progreso en la virtud; 3) el deseo de quien, experimentado en la vida monástica, busca adquirir una posición de poder valiéndose de la hipocresía para llegar a ese fin; 4) en fin, el adelantarse sin discernimiento, sin la mesura indicada por la obediencia, por parte de quienes apuntan a la perfección. Es así que Bernardo dice:

> «La última tentación es la del demonio meridiano, que suele asediar especialmente a los perfectos, a saber, a los que como personas de virtud, lo han superado todo: placeres, honores, favores. ¿Qué armas le quedan ya al tentador para luchar contra él? Llegará sin duda, furtivamente, porque no se atreve hacerlo a cuerpo descubierto. Y como tiene suficiente experiencia de que le horroriza el mal si lo descubre, se las apaña para suplantar el bien por el mal. Pero los que pueden decir con el Apóstol: *No ignoramos sus ardides* (*2 Co* 2,11), cuanto más avanzan tanto más se preocupan de prevenirse contra esta asechanza»[129].

En el combate contra el «demonio del mediodía», Bernardo recuerda el ejemplo de la Virgen María. Ella recibió con temor el saludo del ángel y buscaba conocer la voluntad de Dios de una manera precisa. Hace alusión también a las preguntas de Josué, en ocasión de la visita de un mensajero divino (cf. *Jos* 5,13). Cita también el temor de los Apóstoles cuando en ocasión de la tempestad en el lago de Tiberíades, y su miedo cuando vieron al Señor caminar sobre las aguas. Citando: *Era la cuarta vigilia de la noche cuando él fue hacia ellos caminando sobre las aguas* (*Mc* 6,48), san Bernardo explica:

> «La cuarta, es decir, la última tentación que debemos temer es ésta, particularmente el que descubre que se encuentra muy arriba. Comprenda que debe precaverse con mayor vigilancia del asalto del demonio meridiano. Pero se manifestó a los discípulos el verdadero Meridiano y les dijo: *Soy yo no teman* (*Mc* 6,50) y disipó su falsa sospecha. Dios quiera que cuantas veces se disponga a irrumpir la

[129] SC 33,13 (t. V, BAC 491, p. 495).

maldad encubierta, el verdadero Mediodía nos envíe su luz y su verdad como el Sol que nace de lo alto, separe la luz de las tinieblas y no nos condene el reproche del Profeta porque *tomamos las tinieblas por luz y la luz por tinieblas*»[130].

Conclusión

Para san Bernardo la palabra *discretio* reviste un significado cristiano existencial, que le viene de la enseñanza de Casiano y de los autores monásticos que le siguieron[131]. Esta expresión contiene los elementos esenciales de transmisión entre las situaciones temporales y el género de experiencia espiritual que despierta el corazón humano a renovarse según la imagen de Dios.

Esta palabra significa en primer lugar, la decisión moral fundamental por la cual todas las tendencias son ordenadas a la voluntad de Dios. La fuerza que pone en obra esta ordenación consiste en la *caritas affectualis* (caridad afectiva), la caridad que se nutre en la experiencia espiritual. Ayudando a la *discretio*, ella se adapta a la situación dada y se convierte en activa por la *caritas actualis* (caridad actual), como caridad activa al servicio del prójimo[132]. De esta manera la *discretio* ordena las relaciones con el entorno y crea un ámbito donde reina la «mesura divina instituída para el hombre»[133].

San Bernardo describe la búsqueda de esta mesura poniendo en contribución las virtudes de la *temperantia* (templanza)[134] y de la *moderatio* (moderación). Caracteriza a la *temperantia* como el «centro» de las virtudes cardinales, especialmente en lo que concierne a la relación con la *iustitia*[135]. Es sólo en su ámbito que existe un «centro objetivo» controla-

---

[130] *Ibid.*; ver *Is* 5,20.

[131] A. CABASSUT, *Discretion*, en *Dictionnaire de Spiritualité* 3 (1957) cols.1311-1330; ver 1322: ... «san Bernardo es un clásico de la *discretio* casi al igual que Casiano».

[132] Ver SC 50,5-6 (t. V, BAC 491, pp. 649-653).

[133] Ver Circ. 1,1-2 (t. III, BAC 469, pp. 247-249). Bernardo insiste sobre el hecho que Dios exige una medida más importante de renuncia a lo superfluo de parte de aquel que tiene necesidad de salvación, que lo que se les exigía a nuestros primeros padres cuando se les prohibió comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal.

[134] H. WALTER, *Die benediktinische discretio*, en *Benedictus, der Vater des Abendlandes*, St Ottilien, 1947, pp. 195-212; sobre las diferencias y semejanzas en el significado de las expresiones *discretio* y *temperantia*, ver p. 197.

[135] Csi. 1,10 (t. II, BAC 452, pp. 71-73).

ble, mientras que para la *prudentia* (prudencia) y la *fortitudo* (fortaleza), se puede experimentar un centro ordenado de la persona[136].

San Bernardo examina este centro ordenado de la persona en el concepto *moderatio* (moderación). He aquí el ámbito donde la persona puede expandirse según la voluntad de Dios. Encuentra su equilibrio en este centro, reconociendo sus límites y, al mismo tiempo, las aptitudes que le vienen de Dios[137].

Una tal expansión del ser en la modestia toma en última instancia su origen en el esfuerzo de «realizarse» según la voluntad de Dios. Es el VERBO divino, que actúa en el corazón humano quien sostiene este esfuerzo. Es Él quien «ilumina» y «fortifica» el alma que renuncia a la «voluntad propia» hasta que ella modera sus movimientos espirituales y sensibles, como un «guía» experimentado[138]. San Bernardo habla aquí del don de la discreción y podemos señalar que en una homilía de Pentecostés, designa al Espíritu Santo bajo el nombre de *discretor cogitationum et intentionem cordis* (juzga los pensamientos e intenciones del corazón)[139].

La pureza de intención y la búsqueda de la paz son las condiciones del don de la discreción acordado por el Espíritu Santo. En casos particulares, se puede llegar hasta el don del discernimiento de los espíritus. Sin embargo, san Bernardo no considera este discernimiento como necesario a la salvación más que en su papel de vigilancia frente al mal. El discernimiento de los espíritus no es concedido, según él, sino a pocas personas, según el beneplácito de Dios[140].

En referencia a esta *discretio*, Bernardo llama la atención sobre una tentación por así decir inherente a la vida monástica: bajo la apariencia de bien, el diablo incita al monje que tiende a la perfección a una ascesis indiscreta y teñida de voluntad propia. Es necesario un elevado grado de «discreción» monástica, para desenmascararla como «demonio del mediodía» bajo su apariencia de «ángel de luz»[141].

La espiritualidad de san Bernardo revela su dinamismo y su inteligibilidad en la expresión compleja de *discretio*. Entiende por este concepto, no solamente la aptitud para juzgar correctamente las diferentes situa-

---

[136] H. LANG, *Die benediktinische discretio*, en *Einsicht und Glaube*, ed. J. RATZINGER – H. FRIES, Freiburg, 1962, pp. 193-199; ver p. 197.

[137] Ver Csi. 2,19 (t. II, BAC 452, pp. 109-111).

[138] Ver SC 85,5 (t. V, BAC 491, p. 1049).

[139] *Sermón II en el día de Pentecostés* (=Pent.) 2,8 (t. IV, BAC 473, p. 213).

[140] Ver SC 32,6 (t. V, BAC 491, pp. 471-473).

[141] Ver SC 33,9-10 (t. V, BAC 491, pp. 489-491).

 ciones según las circunstancias, sino también la acogida de lo que el Espíritu Santo obra en el corazón[142]. Se puede considerar con razón como una oración al Espíritu Santo, para obtener el don de la discreción, el hermoso final del *Sermón 50 sobre el Cantar de los Cantares*:

> «¡Oh sabiduría, que alcanzas con vigor de extremo a extremo, gobiernas el universo con acierto, ordenas todos los seres para hacerlos felices y coordinas todos sus afectos! Dirige nuestras obras como lo exige nuestra necesidad temporal y regula todos nuestros afectos, tal como lo requiere la vida eterna, para que todos nosotros podamos gloriarnos en ti y decir seguros: *Ha ordenado en mí el amor* (*Ct* 2,4). Porque tú eres el Poder y la Sabiduría de Dios, Cristo, el Esposo de la Iglesia, nuestro Señor, Dios bendito por siempre. Amén»[143].

Cistercienserinnen - Abtei Lichtenhal
Postfach 1337 / Hauptstrasse 40
D - 76502 / 76534 Baden-Baden
Alemania

[142] K. HEUSSI, *Der Ursprung des Mönchtums*, Tübingen, 1936; ver p. 232.
[143] SC 50,8 (t. V, BAC 491, p. 655); [ver *1 Co* 1,24 y *Rm* 1,25].